

Luigi Patruno\*

## ⇒ Configuración de un espacio conflictivo: la Bahía de Guánica en una crónica de Edgardo Rodríguez Juliá

**Resumen:** La aparición de numerosas antologías de crónicas literarias representa uno de los fenómenos más relevantes de la industria editorial latinoamericana. En el presente estudio, la lectura de “El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía (25 de julio de 1983)” de Edgardo Rodríguez Juliá permitirá definir algunas de las complejas relaciones entre narrativa natural y artificial que rigen esta forma de relato. La elección de la crónica, al igual que la de su sujeto polémico, da cuenta de una realidad multiforme y de una variedad de sentimientos que animan a los puertorriqueños.

**Palabras clave:** Edgardo Rodríguez Juliá; Crónica; Literatura puertorriqueña; Siglo xx.

### 1. Un espacio promiscuo

Uno de los géneros más ensayados en las últimas décadas por los autores latinoamericanos es el de la crónica. Como es sabido, a finales del siglo XIX el periódico ocupó un lugar central en la legitimación de los discursos literarios y cumplió muchas de las funciones que en Europa habían sido asumidas por la novela (Ramos 1989). En Puerto Rico, además, el surgimiento de la prensa periódica facilitó las condiciones necesarias para el nacimiento de una literatura nacional (González 1987: 54). No obstante, la crónica casi nunca representaba para los escritores una elección estética, sino casi una obligación. Hoy en día ya no se trata para la literatura de buscar espacios que garanticen su independencia de otras instituciones, o de fomentar la creación de un público lector –que hace poco más de un siglo casi no existía–. Llama entonces la atención la cada vez más prolífica publicación de antologías de crónicas literarias. Ciertas antologías periodísticas figuran, en los estantes de las librerías, junto con libros de ficción escritos por los mismos autores. A veces, no hay manera de entender si se trata efectivamente de compilaciones de crónicas previamente aparecidas en periódicos o nuevas formas narrativas, pues el paratexto no siempre lo aclara. Tal vez se trate de particulares exigencias editoriales o de estrechas elecciones estéticas. Cabe por lo tanto insistir en que no se puede pensar la crónica literaria como simple expresión del *new journalism*. Si bien muchas de

---

\* Luigi Patruno es licenciado en Letras por la Università degli Studi di Lecce y maestrando de la Universidad de Buenos Aires. Se ha dedicado al teatro del Siglo de Oro español; actualmente, su principal área de estudios es la narrativa argentina contemporánea, con un proyecto de doctorado acerca del tema del regreso.

las que llegan a ser publicadas en antologías aparecieron en un primer momento en los periódicos, muchas otras responden a estrategias de representación típicamente literaria.

La crónica participa del género que Ana María Amar Sánchez llama discurso narrativo no-ficcional: “[...] este discurso supera y evita las limitaciones de toda clasificación e incluye diversas clases de textos más o menos cercanos al periodismo o a la ficción, en tanto se produzcan en ellos ciertos tipos de transformaciones narrativas” (Amar Sánchez 1992: 21). Los textos que comparten estas características han sido a menudo definidos como híbridos y ambiguos por exhibir abiertamente la mezcla entre realidad y ficción, testimonio y cuento, documentalismo y fabulación, historia y literatura. Para desatar este complicado equilibrio, Ronald Weber ha otorgado a dos elementos la posibilidad de hacer inclinar por un lado o por el otro el platillo de la balanza. Sugiere que hay que calibrar los textos “por la cantidad de técnicas usadas y por la intención (literaria o no) del autor” (cit. en Amar Sánchez 1992: 17). En el presente estudio propongo leer la crónica “El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía (25 de julio de 1983)” en la perspectiva de esta tensión, en la imposibilidad de considerar el texto como una ficción en sentido estricto o sólo como un terso reflejo de la realidad.

Precisas exigencias estéticas justificaron, después de las primeras dos novelas juveniles, la adopción de una forma de relato que el mismo Rodríguez Juliá llamó “crónica”: “Se trataba de indagar, también a través de un nuevo ‘tono’, en las grandes figuras de la política y de la cultura popular puertorriqueña, como emblema de una coincidencia en la que la formación sentimental también es crónica de la concreción social de unos tiempos” (Rodríguez Juliá 1994: 7). La compleja realidad, extremadamente fragmentaria en su aparición, imposible de retratar en su totalidad, necesitaba de un espacio formal que pudiese dar cuenta de la vertiginosidad de los escenarios. El abandono del consagrado género de la novela, de su forma ordenada, y la elección del espacio promiscuo de la crónica debía ser representativa entonces de los rápidos cambios sociales. Frente a esta diseminación, el nacionalismo literario puertorriqueño había proporcionado el género del ensayo, con determinadas funciones ordenadoras y reguladoras. En sentido subversivo y en claro conflicto con esta tradición, Rodríguez Juliá prefiere la crónica para sus indagaciones, género que le permite invertir los discursos totalizantes y dar cuenta de una estructura social que se resiste a las disposiciones racionales. A la vez, la búsqueda de una nueva forma respondía a las exigencias del nuevo lector: “[...] menos literario, más formado en la transitoriedad del periódico, más dispuesto a reconocerse desde el temperamento de un escritor de forma promiscua y fronteriza, situado entre géneros, que de un escritor canónico y de formas pragmáticas” (Rodríguez Juliá 1994: 8). En otra ocasión, el mismo Rodríguez Juliá intervino sobre la diferencia entre oficio periodístico y literario: “[...] ningún camarógrafo, ningún fotógrafo da la dimensión moral de lo visto y vivido como la literatura” (cit. en Rodríguez Castro 1992: 69). Todas estas preocupaciones indican que la elección de la crónica responde a los imperativos estéticos de un escritor consciente de hacer literatura, intención confirmada por el soporte que ve la aparición de sus textos: el libro.

## 2. Cruces de la memoria en la Bahía de Guánica

Adhiriendo a los preceptos de la crónica, en “El cruce de la Bahía de Guánica...” el lugar de enunciación propone la desaparición de las complejas relaciones entre escritor y

narrador que rigen, en cambio, ciertas ficciones. El narrador es el cronista y el cronista, el escritor. Quien está escribiendo es el que ha vivido o, más bien, el que está viviendo. El constante uso del presente verbal crea, de hecho, la sensación de que lo escrito está siendo vivido al momento de la lectura. La suspensión de esta ambigüedad corresponde a un movimiento de fuerte subjetivización del relato, donde la historia personal del cronista se cruza con la trama histórica nacional. La referencialidad al mismo Rodríguez Juliá pasa por la mención directa de su nombre, la cita que le atribuye *Las tribulaciones de Jonás*, crónica del mismo escritor, los datos sobre su edad y el rescate de temas autobiográficos. Además, “El cruce de la Bahía de Guánica...” no es el relato de un evento externo al cronista, en el cual simplemente participa con entusiasmo, como en el caso de *El entierro de Cortijo* o de *Una noche con Iris Chacón*, sino la relación directa de un episodio de la historia personal, de una competición de natación a la cual participa desde años y metáfora de su salvación (Rodríguez Juliá 1989: 30). Brazada tras brazada, peligro tras temor, el narrador cruza la bahía presentando el testimonio de un evento cuyo protagonista es él mismo.

Milagros Socorro ha dicho que la crónica de Rodríguez Juliá

se sirve del evento o del personaje para internarse en una aventura de lenguaje que llega a desentenderse del punto de partida para atacar en una reflexión mucho más abarcadora que, sin embargo, no llega a ser novela ni ensayo; sino la crónica del hecho una vez despojado del hecho mismo (1994: 34).

A partir de un episodio particular, el escritor elabora una reflexión que trasciende la puntualidad del suceso que genera la escritura de la crónica. El principal hecho narrado es el pretexto sobre el cual se despliega un discurso literario y una indagación social que no puede ser reducida a la ocasión que lo provoca. Al igual que en *El entierro de Cortijo*, “se perfila que esta crónica será el encuentro de muchos cruces históricos” (Rodríguez Juliá 1983: 12).

En “El cruce de la Bahía de Guánica...” esta expansión es lograda gracias al empleo de varios recursos literarios. La elección de la fecha, el 25 de julio de 1983, y la ocasión, una competición de natación, constituyen las estrategias de esta digresión. Se trata, por un lado, de una fecha altamente simbólica, un verdadero “palimpsesto histórico” (Rodríguez Juliá 1989: 25) que permite al narrador saltar de un hecho al otro manteniendo la coherencia interna del relato gracias justamente al enlace que ella representa. Podría tratarse de hecho de cualquier 25 de julio, posibilidad explotada, por otro lado, por el acontecimiento que da origen al relato. La competición es un evento que se repite anualmente, durante la fecha correspondiente a varios aniversarios históricos. Los desplazamientos del narrador hacia otros 25 de julio, hacia las competiciones de los años anteriores, hacia otros aniversarios, generan un relato fluctuante en el tiempo y animado, además de por la experiencia presente, por el recuerdo y la introspección, recursos que eluden la estricta sucesión temporal que caracteriza las crónicas. Se trata de una estrategia que le permite deslizarse de la simple ocasión de la competición en la bahía, hacia acontecimientos históricos que estimulan una reflexión sobre el complejo ser de los puertorriqueños. En este constante oscilar estalla la alegoría del cruce de la bahía, representación de problemáticas políticas y sociales de Puerto Rico.

Inmediatamente después de una rápida descripción de los peligros que corren los nadadores que se atreven a cruzar la bahía, el cronista empieza un relato histórico cuyo

objeto es la invasión de los estadounidenses y su entrada a la isla por la boca estrecha de la ensenada. Esta secuencia se relaciona a la crónica por la focalización presente de la mirada: “Hace ochenta y seis años los norteamericanos entraron a Puerto Rico por esta bahía de la costa sur” (11). Sin embargo, los complejos artificios literarios –“sólo se oía el vaivén de las olas y el vuelo de alguna gaviota mañanera” (12)–, y cierto detallismo –“ni un solo proyectil de *mauser* español perforó la lancha del desembarco” (12)–, alejan el relato de lo que sería una crónica propiamente dicha, puesto que los recursos literarios subyacen en la economía del lenguaje. Más importante aún, los particulares proporcionados por un cronista que evidentemente no pudo ser testigo directo del desembarco, no son comprobables. En este modo la narración desatiende el sistema de signos lingüísticos, distintivos de las crónicas, que dicen “haber visto, haber sido testigo o haber estado allí” (Daroqui 2000: 116), y que otorgan al texto el estatuto de fuente autorizada. Más que de un relato documental se trata, entonces, de una secuencia ficcional.

Si bien el registro marcadamente personalizado es característico de ciertas crónicas (Daroqui 2000: 118), las excesivas referencias autobiográficas convierten el hecho contado en un evento muy poco noticiable. ¿Cuál es el objeto de la narración, el relato de una competición o una compleja metáfora personal? Si se admitiera la segunda hipótesis el relato se parecería más a una página de diario íntimo o a un monólogo interior. La historia personal de la amistad con Bill, las profundas evocaciones que despiertan los lugares, la familiaridad de ciertos recuerdos, el recorrido íntimo de un noviciado literario y político, las memorias de un pasado privado que se agolpan entre las letras llevan la narración hacia una nostálgica introspección autobiográfica. No obstante, lo que en muchos puntos de la crónica parecería ser la altanería de una memoria voluntaria y personal, en un momento se convierte en aprendizaje involuntario. Al entrar en el Café Puerto Rico, Edgardo reconoce a don Juan Antonio Corretjer, líder de la resistencia antiimperialista. El encuentro representa una inflexión para la memoria: “Fue entonces que la madeja de la paternidad y la memoria se volvió más espesa, casi tan densa como el olvido...” (Rodríguez Juliá 1989: 17). El cronista se había olvidado de que todos los años en ese mismo lugar la Liga Socialista protesta contra la invasión estadounidense y la inauguración del Estado Libre Asociado.<sup>1</sup> Él acudió a la bahía no para buscar este conocimiento, sino para competir con su compañero en un concurso que “casualmente” se celebra todos los años en el mismo día y en el mismo lugar. Sin embargo, la presencia inesperada del poeta nacionalista provoca un estallido en su memoria. A partir de ese momento la trama histórica personal se tejerá entrelazando las vicisitudes de la nación: “En el espacio del soleado malecón guaniqueño, se agolpan todas las tiernas y pocas veces aterradoras contradicciones de este pueblo” (28).

En este recorrido la memoria personal se estrecha a la colectiva. La figura de Corretjer fue fundamental en los años de formación literaria para Edgardo, pero al mismo tiempo es el emblema del Puerto Rico “de oscuros separatistas y hechos revolucionarios a mitad de camino entre la leyenda y la historiografía” (18). A través de su memoria y de la memoria colectiva el cronista recupera la esencia de la experiencia que carga significativamente los gestos de un pueblo. En una crónica precedente, *El entierro de Cortijo*, esta intención es explícita:

<sup>1</sup> Ambos acontecimientos ocurrieron un 25 de julio, en 1898 los estadounidenses entraron en la bahía y el mismo día del año 1952 fue proclamado el Estado Libre Asociado.

Prefiero escribir la crónica pasándola sólo por el ojo y el oído, soy tercamente subdesarrollado, basta con escribir al otro día, cuando la memoria aún conserva frescos los detalles. El filtro del cronista es la memoria, la personal y la colectiva, también los prejuicios, ¿por qué no? Sálvese lo que pueda salvarse entre el momento vivido y la crónica escrita. Se perderá casi todo, claro, pero permanecerán las imágenes, los detalles más empecinados, esos que no pueden renunciar al recuerdo a pesar de la traición de la memoria... (Rodríguez Juliá 1983: 17)

El oficio de Edgardo es bien distinto al del cronista. Lo que le importa no es contar “fielmente” todo lo que ve de inmediato, sino vivir el momento casi inconscientemente y dejar que afloren de las profundidades de la memoria los signos de la experiencia. Todo pasa por “el ojo y el oído” y nada se registra en libretas, grabadoras o a través de cámaras. Walter Benjamin había avisado que la aparición de la información y de los medios que fijan la memoria coincidió con la atrofia de la experiencia. El recuerdo consciente del pasado no guarda nada de él. En el caso de la crónica de Rodríguez Juliá, en cambio, la recuperación de la experiencia coincide con una vuelta a la narración, que es posible sólo a través de la oscilación entre memoria personal y colectiva, puesto que en la experiencia ciertos contenidos del pasado individual se vinculan, en el espacio de la memoria, con los del pasado colectivo (Benjamin 1995: 93).

Esta fluctuación entre la trama personal y la historia comunitaria es un rasgo que esta crónica comparte con otro discurso no-ficcional, el relato testimonial: “[...] el yo que recuerda se construye a partir de diversos y sutiles grados de representatividad en relación con una comunidad o con una situación histórica que excede a la propia persona y parece convocar la escritura seriada” (Gliemmo 1996: 273). Sin embargo, al margen de estas coincidencias, cabe aclarar que las declaraciones del “yo” de la crónica de Rodríguez Juliá no surgen aparentemente de ninguna experiencia significativa (Jehenson 1990: 76)<sup>2</sup> e igualmente no dan cuenta de un particular sector social marginado, ambos aspectos constitutivos del género testimonial. No obstante, si el “yo” del testimonio habla siempre por un “nosotros” impersonal, es decir, un sujeto que involucra en su voz el eco del sector que representa, la severidad y el cinismo de la palabra de Edgardo problematizan esta relación totalizante.<sup>3</sup> Con todo esto, si uno de los objetivos del relato testimonial es desmentir la historia oficial, la crónica de Rodríguez Juliá engendra una reflexión que puede acercarse a esta voluntad.

Como ya he señalado, la competición de natación es un pretexto y se traspone indicativamente a otros episodios frustrados de la historia nacional. Además de coincidir con la invasión estadounidense y la fundación del Estado Libre Asociado, el 25 de julio es la fecha funesta del episodio del Cerro Maravilla. Ese día del año 1978 tres jóvenes independentistas, tras el secuestro de un chofer, subieron a las torres de comunicaciones del Cerro Maravilla y proclamaron simbólicamente su esperanza en la liberación nacional (Rodríguez Juliá 1989: 44). Los tres murieron en el tiroteo con la policía puertorriqueña.

<sup>2</sup> La autora precisa que la situación que posibilita el desahogo del testimonio “siempre involucra cierta necesidad de comunicación que surge de una experiencia de represión, pobreza, explotación, marginalización, crimen y lucha” (Jehenson 1990: 76).

<sup>3</sup> Gelpí ve en el tratamiento de la oralidad por parte de Rodríguez Juliá un residuo del paternalismo literario puertorriqueño. La bastardilla tan obsesivamente empleada en “El cruce de la Bahía de Guánica...” para distanciar la voz del “otro” de la del cronista acentúa la manipulación del habla ajena (Gelpí 1993: 57).

Edgardo conocía a uno de los tres chicos, hijo de Pedro Juan Soto, poeta y narrador reconocido en el campo literario puertorriqueño.

Para mejor entender el valor simbólico que representa la competición de natación, será oportuno seguir algunas fases del cruce del cronista, desde cuando se lanza al agua y empieza a nadar. La travesía se carga de metáforas intensas. El nadador recuerda los tres cruces precedentes, las competiciones de los años anteriores que, sin embargo, podrían representar los tres grandes cruces históricos de los 25 de julio; se encuentra fatalmente en el medio de inesperados marullos, que no imaginaba allí y que podrían ser metáfora de los problemas nacionales; especula sobre el afán competitivo que lo enfrenta al amigo estadounidense, posible alusión a las relaciones entre Puerto Rico y los Estados Unidos. Dice: “Es como encontrarse con un perfectísimo extraño en medio de la bahía, o tropezar con alguien, *dentro de mí*, que hasta entonces consideraba ajeno” (39, subrayado mío); siente “el vaivén, la sensación de flotar sobre una hamaca enloquecida” (40), tal vez la misma impresión que se prueba viajando en una “nave al garete”.<sup>4</sup> Cuando está por llegar a la orilla se da cuenta de que no tiene nadadores a su alrededor, va solo.

Después de “¡Este afán competitivo!” (39) el cronista entra en cuenta consigo mismo: “Caminé hasta la camioneta; me comí un sandwich, comenté con Bill el cruce. *¡Fracaso total! ¡Fracaso total!* Entonces fuimos al Restaurant Marino” (43). En las proximidades del restaurante oye a los independentistas manifestándose y recuerda el episodio del Cerro Maravilla: “[...] como los nacionalistas en el 1950, [los tres jóvenes] reafirmarían ante los Estados Unidos y el mundo, justo el día de la *invasión norteamericana*, la existencia de una nación puertorriqueña. Pero no fue así, *¡Fracaso total!*” [...] (44). Los comentarios sobre su competición y el caso del Cerro Maravilla se cierran con la misma desilusionada exclamación: “*¡Fracaso total!*”. La derrota deportiva de Edgardo se traspone en este modo al peso de “un crimen que permanece impune” (48), responsabilidad que persigue la imagen ya perdida del “buen pueblo” puertorriqueño.

### 3. Memorias ejemplares

El caso del Cerro Maravilla es presentado de nuevo a través del filtro de la memoria personal y colectiva. Desde el recuerdo de una tarde pasada con el poeta Pedro Juan Soto, el cronista salta al comentario de su discurso en el día de la conmemoración. Sin embargo, la relación entre recuerdos personales y colectivos, que como hemos visto es constante a lo largo de toda la crónica, instaura ahora una conflictividad. Como ha teorizado Joël Candau, lo que se denomina memoria colectiva es la sedimentación comunitaria “de los aluviones de memorias individuales” (Candau 2002: 62). Muchas veces no es más que el conjunto de múltiples memorias en cierta medida siempre diferentes. Por esta razón resulta imposible pensarla como unívoca. Un ejemplo lo constituye la construcción imaginaria de los lugares, resultado de visiones a menudo conflictivas por parte de los individuos que pertenecen a una misma comunidad. El espacio de la Bahía de Guánica, así como lo describe Rodríguez Juliá, representa uno de estos lugares de tensión. El

<sup>4</sup> La metáfora que alude a Puerto Rico como una “nave al garete” es de Antonio S. Pedreira (*Insularismo. Ensayos de interpretación puertorriqueña*, 1934).

mismo lugar es escenario de distintas actuaciones de la memoria. El 25 de julio es, entre otras cosas, el día de la fiesta del patrón de Guánica, Santiago de Compostela. El cronista asiste antes de tirarse al agua al desfile encabezado por la reina de la celebración. Detrás de ella camina una pareja de niños –él disfrazado de Tío Sam y ella vestida con la bandera de Puerto Rico–, irónica figuración del Estado Libre Asociado. Mucha gente participa alegremente de la fiesta. Contemporáneamente, al final de la misma calle, los independentistas participan del mismo espacio pero significándolo a través de la protesta. Es ésta una tensión que problematiza la unidad nacional alimentando las contradicciones, pues no se logra absorber las distintas memorias y aprovecharlas para fortalecer la identidad. Si por un lado la conmemoración oficial se organiza “de manera tal que el pasado y la memoria no puedan cuestionar el presente” (Candau 2002: 70), por el otro la manifestación de la Liga Socialista genera un polo de discusión que subvierte justamente la estabilidad de este presente. Frente a la historia oficial que pide “a los lectores de la enciclopedia que eliminen por sí mismos aquellas páginas controvertidas en indeseables” (Todorov 2000: 12), la memoria de los independentistas actúa como importante objeto de reflexión. La conciencia de que la historia pueda ser arbitraria y simplificadora, puesto que el pasado se vuelve significativo sólo gracias a una selección del historiador que implica, por otro lado, una exclusión –es decir el olvido–, explica cómo “la preocupación de Rodríguez Juliá por llenar los vacíos historiográficos [...] constituye uno de sus tópicos más recurrentes” (Daroqui 2005: 141).

El escritor presentará el mismo caso en una crónica sucesiva. La secuencia que en “El cruce de la bahía de Guánica...” introduce los acontecimientos es repropuesta en “El Cerro Maravilla” (Rodríguez Juliá 1986)<sup>5</sup> con ligeras pero significativas modificaciones. Una de éstas es la expulsión de la bastardilla a través de la cual el narrador tomaba distancia de las diferentes interpretaciones sobre el hecho. El énfasis puesto en ciertos sintagmas falta en la segunda versión del fragmento, modificación que permite muy bien interpretar las implicaciones ideológicas del cronista. En “El cruce de la Bahía de Guánica...”, en cambio, parecería desaparecer su punto de vista respecto al episodio: “justo el día de la *invasión norteamericana*” (Rodríguez Juliá 1989: 44) presupone la exclusión de una toma de posición respecto a lo que, según el referente político-ideológico, podría ser designado como “invasión”, “ingreso” o “invitación”. “Según la versión oficial de *las autoridades*” (*Ídem.*), es otra de las variaciones.<sup>6</sup> En este caso, la cursiva es indicativa del cuestionamiento hacia esa fuente. “Según los independentistas” (*Ídem.*) se convertirá en “El Cerro Maravilla” en el más específico “según los partidos independentistas” (Rodríguez Juliá 1986: 60), casi a corregir un exceso de generalización. En “El cruce de la Bahía de Guánica...” escribe: “El gobernador Romero Barceló exaltó el valor de los policías que participaron en el *operativo antiterrorista*, considerándolos *héroes*” (Rodríguez Juliá 1989: 44). Enfatizar “operativo antiterrorista” puede querer decir que el cronista no considera el episodio como acto terrorista, pero también puede ser la reproducción de una

<sup>5</sup> A pesar de que la publicación de “El Cerro Maravilla” (1986) sea anterior a la de “El cruce de la Bahía de Guánica...” (1989), consideraré en el análisis las fechas que aparecen al final de las crónicas y que corresponden al momento de su escritura: octubre 1984 (“El cruce de la Bahía de Guánica...”), agosto 1985 (“El Cerro Maravilla”).

<sup>6</sup> En “El Cerro Maravilla” el cronista dirá “según la versión oficial de las autoridades policíacas” (Rodríguez Juliá 1986: 60).

fórmula propagada por los medios de comunicación, al igual que el “héroe” proferido por Romero Barceló. Sin embargo, a pesar del distanciamiento del cronista con respecto a los hechos, las sucesivas reflexiones indican cierta participación activa en el episodio: “¿Somos responsables de un tribalismo político capaz de helar la sangre? Esa frialdad probaría que tenemos el alma enferma, sí apestosamente enferma...” (*Idem.*). Sorprende la inclusión del cronista en el sintagma colectivo, sobre todo cuando su subjetividad se ha mantenido siempre y constantemente al margen de la implicación. Más adelante, cuando considerará el caso como “un crimen que permanece impune” (48), su toma de posición será aún más clara. A pesar de que esté comentando el contenido del discurso de Pedro Juan Soto, se apropia de esta interpretación de los hechos. Si hubiese querido distanciarse de dicha visión habría expulsado estas palabras de su voz con el uso de la bastardilla, recurso que como hemos visto emplea generosamente en toda la crónica.

Se describe en este modo un sentimiento de “culpabilidad colectiva” que desembocará en las últimas inconsolables palabras de la crónica: “La compasión siempre nos ha resultado más fácil que la indignación [...]” (49). Lo que le molesta al cronista es sobre todo lo que define como una especie de “vocación de la inocencia” del pueblo puertorriqueño (*Idem.*), una predisposición hacia las explicaciones fatalistas que, por otro lado, invalida la búsqueda de justicia. La elección del controvertido espacio guaniqueño para el relato de esta crónica es ya de por sí una un indicador ideológico. La decisión de concentrar su desenlace en el recuerdo del “*Crimen Maravilla*” (48), evidencia sobre todas una posibilidad interpretativa. A pesar de que el cronista tome distancia de lo que considera “la misma gente”, sea esta perteneciente al “rincón patriótico” o al “malecón de las tres B (baile botella y baraja)” (49), resuena el juicio sobre el crimen que permanece impune. Se trata de un episodio que pide justicia, que se establezcan públicamente las responsabilidades de los personajes involucrados y que se designen “los lugares respectivos del agresor y da la víctima en una relación de justa distancia” (Ricœur 2000: 606). El acontecimiento recuperado por Rodríguez Juliá se propone entonces como constitutivo de un *exemplum*. Sigo aquí la dicotomía establecida por Tzvetan Todorov entre el uso de la memoria “literal” o “ejemplar” (Todorov 2000: 30-31). En el caso de la reminiscencia literal, el hecho recordado no conducirá nunca más allá de lo que representa en sí mismo, es decir permanecerá una causa lamentable, perpetrará el dolor y causará el odio en el presente proyectándolo hacia el futuro. En el caso en que la recuperación de un acontecimiento se proponga un uso ejemplar, en cambio, el recuerdo constituirá un principio positivo de acción para el presente. Una de las aplicaciones de este uso ejemplar de la memoria la propone el mismo Rodríguez Juliá en la crónica sobre el entierro de Luis Muñoz Marín:

Toda memoria histórica es profunda y misteriosamente generacional: Los nietos de las víctimas de Aüschwitz [*sic*] recordarán más para entender que para odiar; y deberán entender justamente para que el holocausto no se repita, para evitar la oscura tentación de convertirse en nazis. Los sentimientos políticos son hijos de la historia; falsificarlos para acomodarlos a un supuesto rigor histórico me parece infantil (Rodríguez Juliá 1981: 52).

El buen uso de la memoria debe estimular el conocimiento y el entendimiento. El recuerdo de los crímenes del pasado es propuesto no como sombría repercusión en el presente (“para odiar”), sino como positivo medio de acción (“para entender”) y apuesta para el futuro (“para evitar la oscura tentación”).

Entre los abusos de la memoria está la consideración, por parte de las víctimas, de ciertos acontecimientos como singulares y únicos. Esta defensa a ultranza, en realidad, impide utilizar los hechos como ejemplo de iniquidades e instaurar relaciones con otros acontecimientos, cosa que permitiría a la colectividad sacar provecho de los traumas personales (Todorov 2000: 34-41). Consciente de este peligro, Rodríguez Juliá inserta los eventos en una serie, entramando un relato denso de correspondencias. Contar el 25 de julio desde la ensenada de Guánica significa elegir un espacio contradictorio, que revela realidades oscurecidas por una fecha de múltiples festividades nacionales. Parece querer decir que cuando alguien celebra, otros conmemoran. La memoria entonces recupera una zona callada de la historia nacional y crea similitudes, induciendo a la relación y al reconocimiento. Como en otros momentos de la obra de Rodríguez Juliá, en esta crónica el escritor opera un “trabajo basado en el rastreo de lo suprimido y pretendidamente silenciado en razón de la política del presente” (Zanetti 1994: 12).

En “El Cerro Maravilla” el cronista advierte la peligrosidad de la supresión del pasado: “Los hechos aún no se olvidan; pero la memoria de ellos resulta cada vez más borrosa” (Rodríguez Juliá 1986: 60). Insistiendo en esta preocupación, en “El cruce de la Bahía de Guánica...”, el cronista pone entonces especial acento en la importancia de la rememoración como ejemplo para el presente, valoración que sólo puede ser un desafío futuro. Como se demuestra en el fragmento citado, en *Las tribulaciones de Jonás* había sido algo más optimista en sus especulaciones en cuanto a la evolución de una memoria que en el futuro sirviese para “entender” o que en términos de Todorov, fuese “ejemplar”. Perdido en el desencuentro de la Bahía de Guánica, el narrador termina su crónica con una desconsolada constatación, la insistencia de los puertorriqueños en querer que los defina la inocencia. La última página entonces es un amargado eco de desilusión, la triste amenaza de que una memoria literal sólo perpetre incomprendimientos. Frente a este panorama, Rodríguez Juliá propone a la crónica misma como antídoto contra el olvido.

## Bibliografía

- Amar Sánchez, Ana María (1992): *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Benjamin, Walter (1995): “Di alcuni motivi in Baudelaire”. En: *Angelus novus. Saggi e frammenti*. Torino: Einaudi, pp. 89-130.
- Candau, Joël (2002): *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Daroqui, María Julia (2000): “Congelar la escena. Crónica literaria de fin de siglo en América Latina”. En: Mattalía, Sonia/Del Alcázar, Joan (eds.): *América Latina. Literatura e historia entre dos finales de siglo*. Valencia: Ediciones del CEPS, pp. 115-123.
- (2005): “Historias menudas: ‘El Cerro Maravilla’, crónica de Edgardo Rodríguez Juliá”. En: Daroqui, María Julia: *Escrituras heterofónicas: narrativas caribeñas del siglo XX*. Rosario: Beatriz Viterbo, pp. 120-157.
- Gelpí, Juan (1993): *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Gliemmo, Graciela (1996): “Hacer la historia: particularidades de los testimonios escritos por sus protagonistas”. En: Iparraquirre, Sylvia/Monteleone, Jorge (eds.): *Fronteras literarias en la literatura latinoamericana: actas de las XI Jornadas de Investigación*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, pp. 273-280.

- González, José Luis (1987): *El país de cuatros pisos y otros ensayos*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Jehenson, Yvonne (1990): “El testimonio, ¿crónica, autobiografía o género picaresco?”. En: *Texto crítico*, XVI, 42-43, pp. 75-83.
- Ramos, Julio (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ricœur, Paul (2000): *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Castro, María Elena (1992): “Memorias conjeturales: las crónicas mortuorias”. En: Duchesne Winter, Juan (ed.): *Las tribulaciones de Juliá*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, pp. 65-92.
- Rodríguez Juliá, Edgardo (1981): *Las tribulaciones de Jonás*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- (1983): *El entierro de Cortijo*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- (1986): “El Cerro Maravilla”. En: *Una noche con Iris Chacón*. Río Piedras: Editorial Antillana, pp. 53-101.
- (1989): “El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía (25 de julio de 1983)”. En: *El cruce de la Bahía de Guánica*. Río Piedra: Editorial Cultural, pp. 9-49.
- (1994): “Mapa de una pasión literaria”. En: *Estudios*, II, 4, pp. 5-10.
- Socorro, Milagros (1994): “El género de la crónica y la crónica de lo venéreo. Notas en torno a *Una noche con Iris Chacón* de Edgardo Rodríguez Juliá”. En: *Estudios*, II, 4, pp. 31-42.
- Todorov, Tzvetan (2000): *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Zanetti, Susana (1994): “Las historias fingidas de *La noche oscura del Niño Avilés* de Edgardo Rodríguez Juliá”. En: *Estudios*, II, 4, pp. 11-29.